

De que no me juzgo digna,
La augusta mano benigna...
(*El rey tiende su mano.*)

Cond. Besadla.

(*Á Isabel en voz baja.*)

(*Isabel se arrodilla y besa respetuosamente la mano del rey.*)

Rey. ¡Oh gentil pudor!

Isab. Mi gratitud...

Rey. ¡Es divina!

Quev. (Esto es hecho. ¡Una de tantas!)

Rey. Mas no estás bien á mis plantas.

Alza á mis brazos, menina.

(*Haciéndola levantar.*)

Á las hijas de mis buenos

Servidores no es razón

Humillar.

Quev. (Y cuando son
Tan bonitas, mucho menos.)

Isab. No en vano el timbre ha adquirido

Vuestra excelsa majestad

De amparo de la humildad

Y padre del desvalido.

Si sólo el mío en su muerte

Honra y virtud me dejó,

No fué culpa vuestra, no,

Sino de su mala suerte.

Sin ningún merecimiento

Premiáis los suyos en mí

Para cautivar así

Mi eterno agradecimiento.

Nada valgo, nada sé;

Niña me llama á la corte

Vuestra bondad, sin más norte

Que la lealtad de mi fe;

Mas me infunde tal aliento

Y tan pura os la consagro,

Que quizás haga el milagro

De ilustrar mi entendimiento.

Rey. No es menester, que harto brilla

Al través de ese candor

Dulce, inefable...

Isab. ¡Señor!

Rey. ¿Tu nombre?

Isab. Isabel Marcilla.

Rey. Presentadla (es un portento)

(*Á la condesa.*)

Á mi hija (el pecho me abrasa),

Y de hoy más tenga en mi casa

Vivienda y acostamiento.

Isab. ¡Al fin, bien del corazón,
Dios...!

Cond. Venid.

Rey. Guárdeos el cielo. —

Yo premiaré vuestro celo.

(*Aparte á la condesa.*)

Cond. ¡Celos!... ¡Desesperación!
(*Después de una reverencia muda.*)
(*Entra con Isabel en el cuarto de la infanta.*)

ESCENA V

EL REY, QUEVEDO

Rey. ¿Visteis jamás, don Francisco,
Tan peregrina belleza?

Quev. ¡Alhaja digna de un rey!

Recibid mi enhorabuena.

Rey. Bien la quisiera aceptar,

Que aquellos ojos me quemán;

Pero que ha de ser recelo

Virtuosa cuanto bella

La menina.

Quev. ¡Bah! Es mujer.

Dádivas quebrantan peñas.

Rey. Con todo...

Quev. Y no sin designio

La trajo aquí la condesa.

Rey. ¿Qué designio?

Quev. No lo sé;

Pero, el refrán nos lo enseña,

«Piensa mal y acertarás.»

Rey. Joven de tan altas prendas,

Si fuese el aya ambiciosa,

No á palacio la trajera,

Donde puede sin esfuerzo

Disputarle la influencia.

Quev. De lo que el alma presente

Aun no puedo darme cuenta;

Pero mujer que por otra

Más hermosa se interesa,

Preciso es que la ame mucho...

Ó que mucho la aborrezca.

Rey. ¡Siempre siniestro y fatídico!

¿Sois Quevedo, ó sois corneja?

Quev. Soy, señor, un pobre viejo...

Rey. Que algunas veces chochea.

Quev. Puede ser.

Rey. Cuando á mis ojos

Luce tan fúlgida estrella

¿Qué puedo yo presentir

Que dicha y placer no sea?

Quev. Lo que fuere sonará.

Cada loco con su tema;

Vos con la de amar á todas;

Yo con la de ¿quién es ella?

Rey. Basta ya de este certamen;

No porque duda me quepa

De que saldrá mi opinión

Vencedora de la vuestra,

Sino porque ahora me llama

¡Triste de mí! la tarea

Prosaica de oír consultas.

Y sancionar providencias.
¡Qué peso el de una corona!...
Adiós, inclito poeta.

(*Vase por la puerta de la izquierda más inmediata al proscenio.*)

ESCENA VI

QUEVEDO

¡Sí, rey Felipe; es verdad:
Grave peso es la diadema:
Mas ¿qué te importa? Otros hombros,
No los tuyos, la sustentan.
Y por cierto que no son

Los de Atlante. Así — ¡oh vergüenza! —

Para equilibrar la carga

Con su raquítica fuerza,

Perdiendo cada año un reino

La monarquía aligeran.

Tú reinas, cuarto Felipe;

Pero el diablo nos gobierna.

¡Oh patria!...

Ujier. Por vos pregunta

(*Á la puerta del foro.*)

Don Gonzalo de Aguilera.

Quev. Que entre.

Ujier. Pasad.

ESCENA VII

QUEVEDO, GONZALO

Quev. Bien venido,
Gonzalo.

Gonz. Á vuestra obediencia

Siempre.

Quev. Albricias. En la mano

(*Mostrando el memorial.*)

Te tengo. Desde esta fecha

Eres todo un contador

De alcabalas. Sólo resta

Extender la credencial,

Y si me das tu licencia

Voy...

Gonz. Os deberé mi dicha.

Quev. Si tan poco te contenta...

Más quien pretenda en Palacio

Ande listo y viva alerta.

Vuela el tiempo y... Ya hablaremos

Más despacio. Aquí me espera.

(*Vase por la puerta de la izquierda, in-
mediata al foro.*)

ESCENA VIII

GONZALO

¡Oh amigo el más generoso!

En el alma tendré impresa,

Mientras viva, la bondad...

Isab. Yo os sigo. (*Dentro.*)

Gonz. ¿Qué voz resuena

En mis oídos?

(*Mira hacia el cuarto de la infanta.*)

Allí...

(*Sale doña Mencía, y un momento después
Isabel.*)

(*¡Ah! Deliraba. ¡Una dueña!*)

ESCENA IX

GONZALO, ISABEL, DOÑA MENCÍA

Menc. Veréis qué lindo es el cuarto.

Gonz. ¿Con quién habla?... ¡Oh Dios!

[*Es ella!*]

¿Cómo...?

(*Se oculta tras de una mampara.*)

Menc. Vais á estar en él

Mejor que una archiduquesa.

Gonz. ¡Y esas galas!...

Isab. Mi nodriza...

Digo mal; mi compañera,

Mi única madre...

Menc. Vendrá;

No os inquietéis por su ausencia.

Una amiga en mí entretanto

Tendréis... (Una centinela.)

Y os darán autoridad

Estas tocas reverendas.

Gonz. ¿Será sueño? Dudo... Tiemblo...

Menc. Allí irá luego, hechicera,

Vuestra ilustre protectora.

Gonz. ¡Oh! Si mil vidas me cuesta,

Sabré...

Menc. Venid.

Gonz. ¡Isabel!

(*Saliendo de donde está oculto.*)

Isab. ¡Cielos!

(*Retrocediendo desde la puerta del foro.*)

Menc. ¿Quién llama? ¿Quién llega?

Isab. ¡Gonzalo!

Menc. ¿Un galán? Hidalgo,

Advertid...

Isab. ¡Dulce sorpresa!

Gonz. ¿Qué haré...?

Menc. Pero aquí...

Gonz. Es mi hermana.

Isab. (¿Por qué lo dirá?)
Menc. ¿Es de veras?
(Á Isabel.)

Isab. Sí.
Gonz. Permittedme que la hable
 Dos palabras.
Menc. (Cuando él entra
 En la cámara real,
 Sin duda...)
Isab. ¡Un momento!
Menc. Sea.
*(Gonzalo é Isabel se separan de doña
 Mencía y hablan á media voz.)*
Gonz. ¿Cómo tú en la corte;
 Dulce prenda mía?
Isab. Amor es el norte
 Que mis pasos guía.
 Ya ¡oh mi fiel amigo!
 Ya ¡oh mi caro dueño!
 El astro enemigo
 Depone su ceño.
Gonz. ¡Ay! temo, y no en vano,
 Que ahora nos sea
 Más triste y tirano
 Que nunca.
Isab. ¡Qué idea!
 Felipe...
Gonz. ¡Qué escucho!
Isab. Mi orfandad ampara
 Piadoso...
Gonz. ¿Qué mucho
 Si ha visto tu cara?
Isab. No, que antes de verla,
 Sensible á mi lloro...
Gonz. ¡Faltaba esta perla
 Al regio tesoro!
Isab. En mí desagravia
 Al padre ofendido,
 Que misero...
Gonz. (¡Oh rabia!)
Isab. Murió en el olvido.
Gonz. Mas libre y sin mengua.
Isab. ¿Y acaso mi frente...?
Gonz. ¡Oh corte! La lengua
 Del vulgo no miente.
Isab. ¡Ay Dios! No comprendo...
 ¿Por qué...?
(Gonzalo retira algo más á Isabel.)
Menc. (Conceptúo
 Que ya se va haciendo
 Muy largo ese dúo.)
Gonz. Todo aquí es falacias;
 Son males los bienes;
 Afrentan las gracias
 Y honran los desdenes.
 ¡Hubiérasme dicho
 Que el rey te llamaba!
 Mas ¿por qué capricho

Callármelo?
Menc. ¿Acaba?
(Adelantándose.)

Gonz. Sí.
*(En ademán de suplicarla que se retire; y
 ella lo hace, aunque á menos distancia.)*
Isab. Dábanme prisa...
Gonz. ¡Oh!
Isab. ¿Quién á palacio
 Cuando el rey le avisa
 Camina despacio?
 Y, por otra parte,
 Mi alma no recata
 Que holgaba de darte
 Sorpresa tan grata.
Gonz. Grata no; ¡sinistra!
Menc. (¡Tanto cuchicheo!...)
Isab. ¿Por qué? El rey me muestra
 Tanto amor...
Gonz. ¡Lo creo!
Isab. No tuerzas la vista.
 ¿Acaso te espanta
 Una camarista
 De la real infanta?
 ¿Será que te pese
 Quizá...?
Gonz. ¡Oh Dios eterno!
Menc. (Mucho amor es ese
 Para ser fraterno.)
Isab. De mi nuevo estado
 ¿Temes tu abandono?...
 Si tal has pensado
 ¡No te lo perdono!
Gonz. ¡Oh lazos traidores!
 ¡Oh cándido seno!...
 La sierpe entre flores
 Esconde el veneno. —
 ¿Quién así te alinea
 Que á reinas te igualas?
 ¿Quién te abruma, niña,
 Con joyas y galas?
Isab. ¡Cómo! ¿Esto te aflige?
 La que me las puso
 Dijo: así lo exige
 La etiqueta..., el uso...
Gonz. Así ¡oh desventura!
 Para el sacrificio
 Su víctima pura
 Engalana el vicio.
 ¡Cuánto era á mis ojos
 Más lindo y apuesto
 Sin tales sonrojos
 Tu traje modesto!
 ¿Qué adornos previene
 La rosa del valle?
 ¿Qué falta á quien tiene
 Tu rostro y tu talle?

Menc. (Daré el soplo, que eso
 Ya pica en historia.)
Gonz. ¡Callas!
(Á Isabel que está pensativa.)
Menc. (Lo confieso:
 El chisme es mi gloria.)
(Entra de puntillas en el cuarto de la infanta. No lo advierten Gonzalo ni Isabel.)

ESCENA X

GONZALO, ISABEL

Isab. ¿Por qué tan sombrío?
 Mi pecho ¿no te ama?
 ¿Qué arriesgo...?
Gonz. ¡Ay bien mío!
 Mi vida y tu fama.
Isab. Pero ¿qué...?
Gonz. ¡Oh perfidia!
 El rey te pretende.
 Te acecha la envidia,
 La infamia te vende,
Isab. Justo el rey...
Gonz. ¡Blasfemia!
Isab. Sin que yo lo exija,
 Á mi padre premia...
Gonz. ¡Burlando á la hija!
Isab. ¡Oh Dios!...
Gonz. Para afrenta
 Suya y del Estado,
 Más amigas cuenta
 Que años de reinado.
Isab. Nadie á mí me ultraja;
 Mi fe me defiende:
 Nadie compra alhaja
 Que el dueño no vende.
Gonz. ¡Ay prenda querida!...
Isab. De indignos proyectos
 Yo...
Gonz. En tierra embebida
 De miasmas infectos,
 Con sólo el ambiente
 La espiga se daña,
 Se enturbia la fuente
 Y el vidrio se empañá.
 Basta á que te crea
 Perdida ¡ay de mí!
 Que Madrid te vea
 Tan linda... ¡y aquí!
Isab. ¡No! Á mi pobre asilo,
 Á mi pobre lecho
 Tornaré, y tranquilo
 Latirá mi pecho.
Gonz. ¿Qué mano traidora

Te traje ¡oh mi bella!...
Isab. No sé... Una señora...
*(Aparece la condesa saliendo del cuarto
 de la infanta.)*
Gonz. ¿Quién?...
Isab. ¡Mírala! Aquella.

ESCENA XI

ISABEL, GONZALO, LA CONDESA

Gonz. ¡La condesa! ¡Horror!
Cond. ¡Gonzalo!
Gonz. Sí. ¡Al rey procuráis delicias!
 ¿Cuánto os valen las albricias
 De vuestro inicuo regalo?
Isab. ¡Oh Dios!...
Cond. ¡Me insultáis así!
(Mirando á Isabel con encono.)
Gonz. Yo á quien desprecio no insulto.

ESCENA XII

ISABEL, GONZALO, LA CONDESA,
DON ÁLVARO

*(Llega don Alvaro por la puerta de la iz-
 quierda frontera al cuarto de la infanta.)*
Álv. ¿Quién alza la voz aquí?
Gonz. Yo, que á nadie pago feudo,
 Y más si su nombre infama.
Cond. ¡Gonzalo!
Álv. ¡Mirad que es dama!
 ¡Mirad que yo soy su deudo!
Gonz. ¡Gracias!... Sangre ha menester
 Mi agravio, y la vuestra quiero;
 Que no ha de manchar mi acero
 La sangre de una mujer.
(Desenvaina la espada.)
 ¡Defendeos!
Isab. ¡Tente!
Cond. ¡Espera!
Álv. No ha de sufrir mi valor...
(Desenvaina la suya y lidian los dos.)
Isab. ¡Gonzalo! ¡Mi bien! ¡Mi amor!
Cond. ¡Calla! *(Á Isabel.)*
Gonz. ¡Huyes!
*(Siguiendo á don Alvaro, que peleando
 se retira hacia el foro.)*
Cond. ¡Suerte fiera!
*(Doña Mencía y algunas damas salen del
 cuarto de la infanta.)*
Gonz. En vano... — ¡Apartad!
(Desviando á la condesa que intenta dete-

nerle, y desapareciendo por el foro en seguimiento de don Álvaro.)

Cond. ¡Cruel!

Álv. ¡Muerto soy! (Dentro.)

Cond. ¡Favor!... ¡Piedad!

(Vase corriendo por el foro.)

Isab. ¡Yo muero!

(Se desmaya en brazos de dos damas que acuden á sostenerla. Aparece el rey por la puerta izquierda del proscenio; le siguen ocho alabarderos. Otros y algunos gentiles hombres, ujieres, etc., llegan por la otra puerta del mismo lado.)

ESCENA XIII

ISABEL, DOÑA MENCÍA, DAMAS, EL REY, GONZALO, QUEVEDO, ALABARDEROS, GENTILES HOMBRES, UJIERES, ETC.

Menc. ¡Su majestad!

Rey. ¿Qué es esto? — ¡Oh cielo! ¡Isabel!

Gonz. Vengué...

(Volviendo, y todavía con la espada desnuda.)

Menc. ¡Allí está el agresor!
(Llamando la atención del rey hacia Gonzalo.)

Quev. ¡Armas! ¡Gritos! — ¿Quién es ella?
(Llegando con la credencial en la mano.)

Rey. ¡Socorred á esta doncella!

Quev. } ¡Ah!

Gonz. }
Rey. ¡Prended á ese traidor!

(Los alabarderos se apoderan de Gonzalo. El rey y todo el acompañamiento acuden al socorro de Isabel. Quevedo queda sólo, contemplando con maligno gesto el cuadro que le rodea.)

ACTO TERCERO

Sala de tránsito en la torre del Real Alcázar. Á la derecha, la puerta de la alcaidía: á la izquierda la del calabozo que ocupa Gonzalo. Pende del techo una lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA

QUEVEDO, EL ALCAIDE.

Alc. Sois amigo mío y sois

Don Francisco de Quevedo:

Nada puedo yo negar

Á tan noble caballero. —

Abrid aquel calabozo

(Á un carcelero que le sigue.)

Y salga á esta sala el preso.

(El carcelero abre la puerta de la izquierda y entra en el calabozo.)

Quev. Hacéisme mucha merced

Y en el alma os lo agradezco.

Alc. Quien aquí os deja abrazarle

Bien quisiera á vuestro afecto

Entregarle indemne y libre;

Pero convicto y confeso

Don Gonzalo de tan grave

Delito...

Quev. Lo sé.

Alc. No espero...

Quev. Ya sale. Dejádme á solas

Hablar con él un momento.

ESCENA II

QUEVEDO, GONZALO

(Se abrazan.)

Gonz. ¡Oh mi protector! ¡Mi amigo!

Quev. ¡Gonzalo!

Gonz. No es tan adverso

El astro que me persigue,
Pues me concede el consuelo
De abrazaros.

Quev. (¡Pobre joven!)

Quisiera ser mensajero
De nuevas más venturosas,
Gonzalo. El herido ha muerto,
Y era de linaje ilustre,
Y en Palacio es sacrilegio
El homicidio. No obstante,
Quizá logren mis esfuerzos
Salvar tu vida, si pruebas
Que desnudaste el acero

Por defenderla.

Gonz. Yo fui

Quien el combate sangriento

Provocó.

Quev. ¿Cuál fué la causa?

Gonz. Una dama.

Quev. ¡Ah! mi proverbio

Es infalible. ¿Era acaso

Aquel hermoso portento

Que un desmayo...?

Gonz. Aquella era

Mi Isabel, mi bien, mi cielo.

Quev. ¿Y don Álvaro el rival

Sacrificado á tus celos?

Gonz. No. Agravios de otra mujer,

Que en ella vengar no puedo,

Satisface con su sangre.

Quev. (¡Son dos las que entran en juego!)

¡De otra mujer!

Gonz. La condesa...

Quev. ¿El aya?

Gonz. Sí.

Quev. Ahora recuerdo...

Ella presentó á Isabel...

Don Álvaro fué su deudo...

Gonz. Rubor me cuesta decirlo;

Pero ya ningún respeto

Debo á esa alevé mujer,

De cuyo insano despecho

Es blanco infeliz el ángel

Que llevo en el alma impreso.

Su amor osó descubrirme,

Y fiel á mis juramentos,

Yo que á grandezas no aspiro...

Quev. Basta: todo lo comprendo.

Sólo una mujer celosa

Concebiría proyecto

Tan horrible. ¡Oh! y por desgracia

El tiro ha sido certero.

Gonz. ¿Qué decís?

Quev. ¡Eres perdido!

Gonz. ¡Cómo!

Quev. Felipe está ciego,

Loco de amor por tu bella

Isabel.

Gonz. ¡Oh Dios!

Quev. Y temo...

Gonz. Terrible competidor

Es todo un rey; lo confieso;

Pero la fe de mi hermosa,

Que es de virtudes modelo,

Me tranquiliza.

Quev. ¡Ay Gonzalo

No fies en ese sexo

Vano, frágil y voluble. —

Pero atendamos primero

Á tu salvación. En tanto

Que tu amor sea un secreto

Para el rey, no es imposible

Romper, Gonzalo, tus hierros.

Ya le he pedido tu gracia,

Se la pediré de nuevo,

Lucharé contra el influjo

De la condesa, y no pierdo

La esperanza...

Gonz. ¡Oh detestable

Mujer que abortó el infierno

Para amargar mi existencia!

Vierte en mí solo el veneno

De tu implacable rencor;

Lave mi sangre el desprecio

Con que herí tu altivo orgullo;

Pero ¿qué agravio te ha hecho

La rosa cándida y pura

Que inficionas con tu aliento? —

Dejadme, amigo y señor,

Agobiado bajo el peso

De mi cruel infortunio.

Si honra y amor me hacen reo,

Antes que el fiero verdugo

Me matará mi tormento.

¿Qué es ya para mí la vida?

¿Qué es la libertad, si lejos

He de vivir de mi amada?

Quev. Vive, que aun eres mancebo,

Y Dios es grande, y no está

Reducido el universo

Á una aya y una menina;

Y tras del turbio aguacero

Suele amanecer radiante

El sol: *post nubila Phœbus*.

Vive ocho días siquiera:

No puedo pedirte menos.

Ese plazo basta y sobra

Para saber si el objeto

De tu acendrado cariño

Merece el alto trofeo

De que apresures por ella

De la vida el breve término,

Como si al mundo faltaran

Doctores, suegras y pleitos.

ESCENA III

QUEVEDO, GONZALO, EL ALCAIDE

Alc. Con real salvoconducto

(Á Gonzalo.)

Una dama quiere veros.

Quev. ¡Buen presagio!... ¿Quién es ella?

Alc. No sé. Trae echado el velo.

Gonz. ¿Será... Isabel?

(Aparte con Quevedo.)

Quev. ¿Quién lo duda?

¡Y aun te quejarás!
Gonz. Yo tiemblo.
Quev. Para ti el primer favor.
 ¡Oh!
Gonz. Será si yo lo acepto.
Quev. ¿Por qué no? ¡La libertad! —
 No averigües á qué precio
 Te la compra.
Gonz. ¡Ella en mi cárcel!
Alc. ¿Qué respondéis?
Gonz. Que me niego
 Á recibirla.
Quev. ¿Estás loco?
 ¿Qué vas á perder por eso? —
 Que entre. *(Al alcaide.)*
Gonz. ¡No! — Pero ¿qué digo?
 Quiero saber si son ciertos
 Mis temores; quiero ver
 Si con el rostro sereno
 Sé atreve... Que entre esa dama.
(Vase el alcaide.)
Quev. Bien: dila mil improperios
 Si es preciso; pero acepta.
Gonz. ¡Aceptar!...
Quev. Del lobo un pelo.
 Yo mientras dura la plática
 Me ocultaré en tu aposento.
Gonz. ¡Allí!...
Quev. ¡Bah! En un calabozo
 Estoy yo como en mi centro.
(Entra por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IV

GONZALO

¿Tendrá el rey tanta virtud
 Que sacrifique á los fueros
 Del honor y la justicia
 La pasión...? — ¡No es ella! ¡Cielos!
*(Viendo á la condesa, que al entrar se alza
 el velo.)*

ESCENA V

GONZALO, LA CONDESA

Cond. ¡Mi visita os sorprende!
Gonz. Me sonroja.
Cond. Yo...
Gonz. ¡Acción digna de vos! ¡Rasgo
 eminente!
 ¿Venís á escarnecerme en mi congoja?

Faltaba esta corona á vuestra frente.
Cond. Mal me juzgáis, Gonzalo. Por des-
 gracia
 Dios no me ha dado corazón de fiera.
Gonz. ¡Á mí me lo decís... ¡Oh infame
 audacia.
 Que ni de vos, señora, la creyera!
Cond. Culpable fui; mas vuestro bien
 anhelo
 Más que el mío: á Dios pongo por testigo.
Gonz. Bien que venga de vos será mi
 duelo;
 ¡Tanto es lo que os detesto y os maldigo!
Cond. En buen hora. Era flecha más
 aguda
 Al alma que por vos sólo respira
 Aquella indiferencia helada y muda
 Que vuestra maldición y vuestra ira. —
 Mas vuela el tiempo. El rey lo sabe todo
 Y es temible rival.
Gonz. ¡Mujer malvada!
 Vos...
Cond. No: os lo juro.
Gonz. ¡Oh Dios! Y ¿de qué modo?...
Cond. Aquel retrato...
Gonz. ¡Ay prenda idolatrada
 Al conducirme aquí, bárbara mano
 Me lo arrancó del pecho.
Cond. El rey lo tiene.
Gonz. ¡Oh desesperación! ¡Oh rey tirano!
Cond. ¡Callad!
Gonz. No hay fuerza que mi labio
 enfrene.
Cond. ¡Ah, qué os perdéis! ¡Callad, por
 vuestra vida!
(Bajando la voz.)
 Yo os sacaré de aquí libre y seguro.
 Esta noche á las doce... Seducida
 Tengo á la guardia y allanado el muro.
Gonz. ¿Qué oigo! Vos...
Cond. Un caballo más que el viento
 Veloz, y gente fiel que os guíe y guarde,
 Os previene mi amor, y oro sin cuento.
Gonz. ¡Oh! muy vil me juzgáis y muy
 cobarde.
 Ya lo he dicho; de vos sólo la muerte
 Me fuera grata.
Cond. Mas si al cielo plugo
 Que por mí te persiga adversa suerte,
 ¿Haré mucho en librarte del verdugo?
 No mi don te avergüence y te sorprenda,
 Que no es merced la que de mí recibes;
 Es de mi expiación la justa ofrenda.
 ¡Oh, máteme mi angustia si tú vives!
Gonz. ¿Guardara yo esta vida que abo-
 rrezco,
 Á expensas de otra vida..., aun de la vues-
 tra?

Cond. ¿No soy yo sola quien morir
 merezco?
 ¿No es mi suerte más dura y más siniestra?
Gonz. ¿Ó pretendéis que á fuer de agra-
 decido,
 Conmigo os lleve prófugo y errante...?
Cond. No. Sepulta por siempre en el ol-
 vido
 Á esta mujer funesta y delirante.
 Bien que mi voz sin tregua al cielo sube
 Por ti implorando al Todopoderoso,
 Yo soy la oscura procelosa nube
 Que eclipsó de tu dicha el sol hermoso.
 Si supiera morir una y mil veces,
 No turbaré tu paz, fantasma horrendo;
 Mas tal soy, aunque ingrato me aborreces,
 Que ni compro venturas ni las vendo.
 En pago de este amor que, mal mi grado,
 Hasta el crimen me lleva en su delirio,
 Y á no verse por ti menospreciado
 Mi virtud elevara hasta el martirio,
 No te pido, ni esa alma que no es mía,
 Ni una sonrisa, ni las yertas flores
 Que tributa cortés galantería,
 Ni aun que piadoso mi infortunio llores.
 Sólo te pido que sin torvo aceño,
 Pues tú la causa de mis yerros eres,
 No indigna juzgues de llamarte dueño
 Á la más infeliz de las mujeres.
 Pues galardón no exijo ni lo espero,
 ¿Por qué esta alma leal tanto te enoja?
 ¿Por qué la abnegación con que venero
 La mano misma que de sí me arroja?
 Consiente al menos que invocando muera
 Tu nombre, y no tu lengua me maldiga
 Si tanto te amo como amar debiera
 Al Dios que por amarte me castiga.
Gonz. Más merecís que mi piedad mi
 encono;
 Pero quiero morir como cristiano.
 ¡Idos!... Yo os compadezco y os perdono.
Cond. ¡Gonzalo!
Gonz. No os canséis, señora, en vano.
Cond. ¡Oh, mal haya la hora en que mi
 mente
 De un villano designio se hizo esclava!
 ¿Cómo no vi en mi cólera impotente
 Que era inútil el crimen que intentaba?
 Aunque un mar de peligros la rodea
 Merced á mi protervo desvarío,
 No temas, no, que infiel tu amada sea
 Si un corazón abriga como el mío.
 Alma en que está tu imagen esculpida
 No puede codiciar mayor tesoro;
 Y ¿qué no hará la que se ve querida
 Si triste y desdenada yo te adoro?
 ¡Ah! ¡Perdón! ¿Qué te importa mi amar-
 gura
 Ni que mi rostro inflame la vergüenza?
 ¡No más! Todo lo inmolo á tu ventura.
 Sálvate, y vive... y ¡mi enemiga venza!
 Vive, sí... ¡para ella! Industria el cielo
 Y poder me dará y ánimo fuerte
 Con que á los dos, mientras su obscuro
 velo
 Tienda la noche lóbrega, os liberte.
 Sí, yo misma, yo misma, aunque á mi
 cuello
 Sean dogal vuestros nupciales lazos
 Robaré de tu amor el ángel bello,
 Y de mis brazos pasará á tus brazos.
Gonz. ¡Jamás, jamás! Merece ese he-
 roísmo
 Que otra vez os respete y os estime;
 Mas fuera en mí vileza y egoísmo
 Aceptar sacrificio tan sublime.
Cond. ¡Fatal obstinación! No sacrificio;
 Deuda es sagrada que pagaros debo.
 El cielo un día premiará propicio...
Gonz. ¡Jamás! ¡Idos! Huiré...
*(Va á entrar en el calabozo, y saliendo
 Quevedo le detiene.)*

ESCENA VI

LA CONDESA, GONZALO, QUEVEDO

Quev. ¡Tente, mancebo!
Cond. ¡Quevedo!
(En ademán de cubrirse el rostro.)
Quev. No te turbe mi presencia,
 Generosa mujer. Muchas la historia
 Recordará que imiten tu demencia,
 Ninguna que así vuelva por su gloria.
 Yo también, lo confieso, te execraba,
 Y ya sólo besar tu planta puedo.
 ¡Grande debes de ser cuando te alaba,
 Te admira don Francisco de Quevedo! —
 Pero la noche avanza; el tiempo corre.
*(Aparte con la condesa, mostrando á Gon-
 zalo que, sombrío y meditabundo, se ha
 dejado caer sobre un escaño.)*
 Su vida, si por vos no la recobra,
 Peligra...
Cond. ¡Ah! Sí,
Quev. Sacadle de esta torre.
 No dejéis incompleta vuestra obra.
Cond. ¿Qué haré? Él rehusa...
Quev. En mí de un tierno amigo,
 De un padre oirá la voz sincera y blanda.
 Volad... Si persuadirle no consigo,
 Salvadle á su pesar. ¡Dios os lo manda!

ESCENA VII

GONZALO, QUEVEDO

Quev. ¿Cómo has sido tan cruel?
¿En qué humano corazón
Cabe pasión...?

Gonz. Su pasión
Me pierde y pierde á Isabel.

Quev. Su humilde arrepentimiento
Salvar anhela á los dos.

Gonz. No hubiera ofendido á Dios,
Y ahorrara el remordimiento.

Quev. Yerro de amor no desdora,
Y pues con tanta hidalguía
Lo repara...

Gonz. ¿Es culpa mía
Si á otra el corazón adora?

Harto es trocar mi desvío
En piedad de su dolor;

Mas porque admire su amor,
¿He de renunciar al mío?

Quev. ¿Quién pide tal, insensato?
¿No sacrifica á tu gusto...?

Gonz. No recibirlo es más justo
Que ser á un favor ingrato.

Sólo con mi amor podría
Pagar el de esa mujer

Y á ella no quiero deber
Lo que por ella no haría.

Quev. ¡Oh! ya te pasas de estoico.
Y ¿sabes tú, desdichado,

Si tendrá tu dueño amado
Un corazón tan heroico?

Gonz. ¿Lo dudáis?
Quev. Yo me holgaría

De tener tanta fortuna
Que topase, á falta de una,

Con dos fénix en un día.
Mas, si la verdad te digo,

En tales manos cayó,
Que no te respondo yo...

Gonz. Tales dudas yo no abrigo;
Mas si falta á la promesa

Que me hizo con tanta fe,
En trance tal volveré

Mis ojos á la condesa...
Quev. ¿Para amarla? Harías bien.

Gonz. No, para imitar su ejemplo
Y alzar á mi dama un templo,

Aunque lllore su desdén.
Quev. ¿Tú seguirías la huella

De la condesa aunque...?
Gonz. Sí.

¿Censuraríais en mí
Lo que celebráis en ella?

Quev. Á todo el que así me arguya

Llamaré loco de atar.

¡Por cierto que es singular
Metafísica la tuya!

¿Por qué, como el aya triste,
Dar con tu razón al traste?

¿Qué palabra la empeñaste?
¿Qué juramento la hiciste?

Ella se prendó de un hombre
Que, si fué sordo á su arrullo,

Humillar podrá su orgullo,
Pero no afrenta su nombre.

¿Se dirá tal de tu bella?
Á mala fiel en buen hora;

Pero si la amas traidora,
Amas tu deshonra en ella.

Gonz. Su fe...
Quev. Bien; no la denigro;

Mas de amparo necesita:
No se lo niegues. Quien quita

La ocasión quita el peligro.
Á una jaula te sentencio

Si no triunfa la razón
De esa extraña obcecación.

De esa... — ¡El alcaide! Silencio.
(*Bajando la voz.*)

ESCENA VIII

GONZALO, QUEVEDO, EL ALCALDE

Alc. ¡Desgraciado!

Quev. La tristeza
Se pinta en vuestro semblante.

¿Qué nueva...?
Alc. ¡Cruel instante! —

Armaos de fortaleza. (*Á Gonzalo.*)

Gonz. Hablad. La enemiga suerte
No postrará mi valor.

Quev. ¿Desterrado?...
Alc. No. ¡Ay dolor!

Está condenado á muerte.
Quev. ¡Ah!

Gonz. Dios oyó mi plegaria.
Quev. ¡Inicua condenación!

Alc. Compete su ejecución
Á la justicia ordinaria.

Venid.
Gonz. ¿Dónde?

Alc. Se os traslada
Á la cárcel de la villa.

Quev. ¡Salud al rey de Castilla!
¡Su gloria sea colmada!

¡No hay ya esperanza, hijo mío!
(*Abrazando á Gonzalo.*)

Alc. Si inexorable la ley

Le condena, aun puede el rey
Revocar su fallo impío.

Si le habláis con interés...

Quev. ¿Lo dudáis? Sí, sí: no en vano
Quizá mi cabello cano

Será alfombra de sus pies.
Gonz. Más recto juez, más tremendo

Falla arriba entre los dos.
No os humilléis sino á Dios.

Dejadme triunfar muriendo.
Quev. No quiero yo tu baldón.

Corre á morir con denuedo;
Mas no estorbes á Quevedo

Cumplir con su obligación.
Gonz. ¡Oh adorada prenda fiel!

Suplicio, yo te bendigo
Pues va á la tumba conmigo

El corazón de Isabel. —
Amparad vos su virtud,

(*Á Quevedo.*)
¡Pues no puedo hacerlo yo!...

Quev. ¡Basta!
(*Enjugándose las lágrimas.*)

Alc. Vamos...
Quev. Guiad.

(*Sigue al alcaide con el brazo sobre los
hombros de Gonzalo.*)

Malograda juventud!

Oh!

ACTO CUARTO

La decoración del acto segundo. Sigue la noche.

ESCENA PRIMERA

EL REY, QUEVEDO

Rey. Don Francisco, no os canséis;
Holgárame de serviros;

Mas la ley...
Quev. Sus pocos años,

Su inexperiencia...
Rey. Repito

Que en vano me importunáis.
Quev. Recordad, señor, que es hijo

De un valiente que perdió
La vida en vuestro servicio.

Rey. De otro servidor leal
Me priva, muerto á los filos

De su espada.
Quev. Ya la parte

Del difunto, á ruego mío,
Le ha perdonado.

Rey. ¿Qué importa,
Si reclama su suplicio?...

Quev. ¿Quién?

Rey. La pública vindicta,
La inmunidad de este asilo,

Mi ultrajada majestad.
Quev. Señor, no pierde su brillo

Una testa coronada
Por usar de su más digno,

Su más grato privilegio;
El de perdonar. Si el grito

Oís de ese corazón,
Naturalmente benigno,

Seguiréis el alto ejemplo
De los Trajanos y Titos...

Rey. Ya lo sigo perdonando,
Por lo mucho que os estimo,

Que á enojarme os arriesguéis
Por defender á un amigo.

Débil más que generoso
Seré, y fábula y ludibrio

De mi reino y de mi corte,
Si tan aleve homicidio

Queda impune.
Quev. No pretendo

La impunidad; sólo os pido
Que le perdonéis la vida,

Y allá en remotos dominios
Lidiando por vos expie

La culpa que ha cometido.
Rey. ¡Su culpa!...

Quev. Fué involuntaria.
Rey. ¿Y no tiene más padrino

Que vos? Yo sé quién pudiera
Y vos también, don Francisco,

Lo sabéis, con una sola
Palabra romper sus grillos.

Quev. Lo que vos y yo sabemos
Pronto será conocido

De todo Madrid, señor;
Y ved aquí otro motivo

Para que uséis de clemencia.
Si Gonzalo va al patíbulo,

No serán por esta vez
Pábulo vuestros ministros

De la malicia del vulgo:
Dirá que, rey vengativo,

Castigáis en ese joven
Su dicha, no su delito;

No al homicida alevoso,
Sino al rival preferido.

Rey. ¡Preferido! ¿Sabéis vos
Si lo será?

Quev. Yo no afirmo
Nada: digo lo que el vulgo

Dirá.

Rey. ¿Dudáis que mi brío,
Si la regia dignidad
No mandase reprimirlo,
Ahorrara á la ley su fallo
Y al verdugo su ejercicio?

Quev. No dudo. Sois caballero,
Sois valiente y por lo mismo,
Pues no podéis en el campo
Lidiar con vuestro enemigo,
Perdonando bondadoso
Á ese misero hidalguillo
Obráis como caballero
Y como rey.

Rey. Cuando herido
De amor late el corazón,
No está para silogismos.

Quev. ¿Tan enamorado estáis?

Rey. Ved este rostro divino.

(Sacando un retrato y mostrándolo.)

Quev. El de Isabel. (Procuremos
Dar al negocio otro giro.)
La semejanza es perfecta.
Velázquez hace prodigios.

Rey. No es obra suya el retrato.

Quev. ¿Quién...?

Rey. Lo llevaba consigo
Don Gonzalo.

Quev. ¿Y qué os importa,
Si le habéis desposeído
De copia y original?

Rey. Poco valdrá mi dominio
Sin el alma de la hermosa...

Quev. Pues ¡qué! ¿tan poco camino
Habéis andado?...

Rey. Tres veces
Desde aquel lance inaudito
Se ha desmayado Isabel.

Quev. Se desmayará otras cinco
Si es forzoso.

Rey. ¿Sospecháis...?

Quev. Creo poco en parasismos
De mujeres.

Rey. ¿Con qué objeto
Recurriera á ese artificio?

Quev. No sé. Ella se entenderá.

Rey. Yo no creo ni imagino
Que un ángel pueda fingir.

Quev. Aun siendo así, no es preciso
Que el accidente proceda

De aquel amor primitivo.

Si es de fibra delicada,
Basta á atribular su espíritu

El susto... Sin duda vos,

Que no sois galán novicio,

Al verla tan angustiada

La habréis prodigado auxilios,
Consuelos...

Rey. Con tal ternura,

Con tan fervoroso ahinco.
Que harto habré mostrado en ello
Mi adoración, mi delirio.

Quev. Y ¿sonreía su labio,
Ó acaso con ceño esquivo?...

Rey. Sólo á mi afán respondía
Con lágrimas y suspiros.

Quev. Mas ¿no intenta redimir
Á su adorado cautivo?

Rey. No le nombra.

Quev. Para vos
Puede ser ese un indicio
Muy favorable.

Rey. Ella ignora
Que su vida está en peligro;
Pero pronto lo sabrá,

Y en tan grave compromiso,
Pues es mujer y en su mano

Está de ese hombre el destino,
Veremos si saca airosa,

Fallando en nuestro litigio,
Vuestra opinión, ó la mía.

Quev. Ni pongo rey ni lo quito,
Pero ayudo á mi señor,

Dijo Beltrán; y yo digo:
Sálvese mi pobre ahijado:

De lo demás no me cuido.

Rey. Yo deseo vuestro triunfo,
Porque en él se cifra el mío.

Quev. Vos siempre habréis de triunfar,
Ó vencedor ó vencido.

Si Minerva os es contraria,
Amor de rosas y mirtos

Coronará vuestra sien;

Y si sucumbe Cupido,

La gloria os consolará

De apellidaros invicto

Campeón del bello sexo. —

Mas no eclipsaréis el brillo

De trofeo tan honroso,

Ni agravaréis mi conflicto

Negando á aquel infeliz...

Cond. Señor, si me dais permiso...

(Saliendo del cuarto de la infanta.)

Rey. Llegad.

Quev. (Pues á tiempo llega

El refuerzo, me retiro.)

(Hace una reverencia al rey en ademán de retirarse.)

ESCENA II

EL REY, QUEVEDO, LA CONDESA

Cond. Quedaos. (Á Quevedo.

(Quevedo se detiene.

Rey. (Triste y sombría...)

Cond. Á quien el rey mi señor
Da su confianza (¡ay dolor!...)

Mal puedo negar la mía.

Rey. ¡Suspiráis!

Cond. ¡Señor!

Rey. ¿Cuál es
La causa de ese quebranto?

Cond. Permitid que con mi llanto
Riegue, señor, vuestros pies.

(Va á arrodillarse y el rey se lo impide.)

Rey. No haréis tal. Mas de cuidado

Me sacad. ¿Qué angustia es esa?

¿Qué queréis de mí, condesa?

Cond. La vida de un desgraciado.

Rey. ¡Qué escucho! ¿De quién, señora?

¿De ese Gonzalo tal vez?

Quien debiera ser su juez

Más inflexible, ¡le llora!

Cond. ¡Ah! Sí.

Rey. Su insolente audacia,

Sin respeto al rey ni á Dios,

Vertió sangre vuestra, y vos

¡Venís á pedir su gracia!

Cond. Su frenesí le cegó.

Viendo en Palacio á su dama,

Creyó perdida su fama...

Rey. ¿Y quién la deshonra? ¿Yo?

Cond. ¡Señor!

Rey. Movisteis el cisma

Con cuya maraña lucho,

Y... No os entiendo.

Cond. ¡Qué mucho

Si no me entiendo á mí misma?

Rey. Por vos he visto á Isabel;

Por vos mi alma gime esclava.

¿Sabiais que ella le amaba?

¿Le conociais á él?

Cond. Sí.

Quev. (¡Dios castiga sin palo!)

Rey. Si ahora obráis de ese modo,

¿Cómo antes...?

Cond. Sabréislo todo

Con saber que amo á Gonzalo.

Rey. Ahora os entiendo menos.

Cond. Ayer ciega en mi furor

Me hizo culpable el temor

De verle en brazos ajenos:

Hoy por salvarle la vida

Vierto este llanto copioso,

¡Y lloraré si es forzoso

Á los pies de su querida!

Rey. ¿Vos también? ¡Dios de Israel!

¿Qué lindo don Diego es éste,

Qué paraninfo celeste,

Que todas gimen por él? —

¿Qué decís de esto, Quevedo?

Quev. Que estoy confuso y absorto

Y lelo... y me quedo corto.

Rey. El diablo anda en este enredo.

Cond. Mi iluso amor, mi flaqueza

Y mi desesperación

Me inspiraron una acción

Indigna de mi nobleza.

Yo fui quien al fiero arrojo

De Gonzalo causa di,

Yo armé su mano y por mí

Fué blanco de vuestro enojo

Yo soy la que lleva en pos

De sí la tea funesta

Que tantos pesares cuesta

Á él, á ella y á vos;

Yo la que vendí sin ley

El honor de mi rival;

Yo la que he sido fatal

Á mi amante y á mi rey,

Ved si lanza justos gritos

Mi conciencia acusadora;

Ved si en una alma traidora

Pueden caber más delitos,

Y en vuestra recta balanza

Cuál es de los dos pesad

Digno de vuestra piedad

Y cuál de vuestra venganza.

Rey. ¡No más!... ¡Hola!

Quev. (¡Dios la asista!)

(Llega un oficial de alabarderos.)

Rey. Esta mujer...

Quev. (¡Desdichada!)

Rey. Quede en su cuarto arrestada

Con centinela de vista.

Cond. ¡Señor!...

Rey. (Su valor me admira.)

Cond. ¡Perdonadle! ¡Es inocente!

Rey. ¡Basta!

Cond. Embótese en mi frente

El rayo de vuestra ira,

Y el golpe que me destruya

Bendeciré agradecida,

Si aceptáis, señor, mi vida

En rescate de la suya.

ESCENA III

EL REY, QUEVEDO

Rey. Eso es amar, don Francisco.

Quev. Admirable es su conducta.

Rey. Sublime es la expiación

Si grave ha sido la culpa.

Quev. Si no es ella la mujer

Fuerte de que la Escritura

Nos habla, dudo, señor,

Que pueda serlo ninguna.

Ya me voy reconciliando

Con las faldas.
Rey. Ya veis : triunfa
 Mi opinión.
Quev. ¡Victoria insigne!
Rey. ¡Plegue á Dios baste con una!
Quev. ¿Teméis que siga su ejemplo
 La menina?
Rey. ¿Quién lo duda?
Quev. Fíad más en su flaqueza
 Y en vuestra buena ventura.
 Es más vehemente el amor
 En las mujeres adultas
 Que en las mozas. Las Virginias
 Y las Arrias no son fruta
 De este siglo. — Mas si el aya
 Vuestra admiración augusta
 Ha excitado, ¿qué razón
 Á castigarla os impulsa?
Rey. Yo debo algún desagravio
 Á Isabel...
Quev. Sí. (Sonriéndose.)
Rey. Y á la pública
 Moral.
Quev. Cierto. (¡Oh mundo hipócrita!
 ¡Oh virtud, cómo te insultan!)
Rey. Mas limitaré el rigor
 Á tres días de clausura...
Ujier. Doña Isabel de Marcilla...
 (Á la puerta del foro.)
Rey. ¡Ah!
Ujier. Pide audiencia...
Rey. ¡Oh fortuna!...
 (Aparte con Quevedo.)
 Esperadme en la antecámara. —
 Yo no sé lo que me anuncia
 El alma... Á la par en ella
 Temor y esperanza luchan. —
 Que entre. (Al ujier.)
 (Vase el ujier.)
Quev. No olvidéis, señor...
Rey. ¿El refrán?
Quev. (¡Dios te confunda!)
 Al reo que está en capilla.
Rey. Vivirá si ella le indulta.
Quev. Sí hará. Sin llamarla viene...
 No hay dudarlo : capitula.
Rey. Hoy se verá quién es ella.
Quev. Es... ella, y todas son unas.
 (Al retirarse por el foro saluda á Isabel,
 que entra al mismo tiempo.)

ESCENA IV

EL REY, ISABEL

Isab. Dadme, señor, vuestros pies...
Rey. Alza. (Deteniéndola.)

Per Isab. mitidme...
Rey. ¡No!
 ¿Lloras?
Isab. Soy desventurada.
Rey. (Todo lo sabe.) En la flor
 De la vida y la hermosa,
 Cuando mi alta protección
 Es tu egida, y cuando todo
 Te sonríe en derredor,
 ¿Qué pena puede, Isabel,
 Lastimar tu corazón?
Isab. De bronce fuera ó de mármol
 Si resistiese al dolor
 Que lo oprime. Un infeliz
 Gime bajo el peso atroz
 De una sentencia cruel,
 Y yo á mi despecho soy
 La causa de su desdicha.
 ¡Concededme su perdón!
Rey. ¿De quién me hablas?
Isab. De Gonzalo.
Rey. ¿Ignoras que su furor
 Osó verter sangre ilustre
 En esta sacra mansión,
 Al pie de mi excelso trono,
 Sangre que yo mismo ¡yo!
 Vi correr?
Isab. Locura fué;
 Crimen quizá; pero en vos,
 Que si sois monarca augusto
 También caballero sois,
 Disculpa hallarán, lo espero,
 Los delitos del honor.
Rey. ¿Quién á su honor atentaba?
Isab. Salvar el mío creyó.
Rey. ¡El tuyo!
Isab. ¡Ah! no os irritéis.
 Tranquila y segura estoy
 Bajo el paternal escudo
 Del que es imagen de Dios
 Sobre la tierra.
Rey. (¡Medrados
 Estamos!)
Isab. Pero él temió...;
 No á un rey magnánimo y justo,
 Sino la aleve intención
 De viles aduladores...
Rey. ¿Y quién es él? ¿Quién le dió
 Autoridad ni derecho
 Para tanto? ¿Es tu tutor?
 ¿Es tu hermano por ventura?
Isab. Somos huérfanos los dos,
 Y desde niños el lazo
 De la amistad...
Rey. ¡Del amor!
 ¡Tú le amas!
Isab. ¡Señor!
Rey. ¡Tú le amas!

Y á mí que tan dulce don
 Le envidio, á mí que te adoro...
Isab. ¡Dios mío!...
Rey. ¡Me pides hoy
 La vida de ese rival
 Aborrecido!
Isab. ¡Señor!
Rey. ¡Tú le amas! ¡Oh venturoso
 Mortal! ¡Oh grata prisión;
 Muerte inefable! Por ella
 Diera yo el trono español.
Isab. ¿Tanto podría humillarse
 Con mengua de su esplendor
 Esa coronada frente?
 ¿Así del regio blasón,
 Que vuestro poder pregona
 Do quiera que alumbra el sol
 La grandeza depondría
 Por una indigna pasión?
 Vencedla, señor, vencedla,
 Que á vuestro inclito valor
 No es ardua empresa. ¡Mis lágrimas
 Os muevan á compasión!
Rey. ¡Oh!
Isab. ¡Perdonadle!
Rey. Ese llanto
 Hace su crimen mayor.
 Me pides su vida en nombre
 De la fe que te inspiró...
Isab. No; en nombre de la piedad,
 Á cuya mágica voz
 Nunca fué sordo Felipe.
Rey. Mas si la vida le doy,
 Deuda ya de la justicia,
 ¿Piensas que en plácida unión
 Sufiriré...?
Isab. No : ni lo pido
 Ni lo espero. Á todo estoy
 Resignada. Viva él,
 Sea libre...
Rey. ¡Y muera yo!
Isab. ¡Vos morir!
Rey. Para templar
 De mi justicia el rigor
 Fuerza es conculcar los fueros
 De la ley, de la razón,
 Y la majestad del trono
 Castellano, y el clamor
 De una familia angustiada,
 Y mi justa indignación. —
 ¿No merecen recompensa
 Tantos sacrificios?
Isab. ¡Oh!
 Yo á Dios rogaré...
Rey. No preces
 Que lleva el viento veloz,
 No votos he menester
 Cuando clavado un arpón

Tengo en el alma, y bebiendo
 Tósigo de muerte voy
 En cada mirada tuya,
 Y á tus plantas... (Se arrodilla.)
Isab. (¡Oh rubor!)
Rey. Espiraré provocando
 La eterna condenación,
 Si tus labios no me otorgan
 Una palabra de amor.
Isab. ¡Alzad! ¡Miseria de mí!
Rey. ¡Pronúnciala!...
Isab. ¡Santo Dios!...
Rey. Y salvarás á Gonzalo,
 Y mi dicha...
Isab. ¡Alzad señor!
 (Con dignidad.)
 No deprimáis vuestra gloria :
 Ved dónde estáis y quién sois.
Rey. Mi gloria es amarte.
 (Levantándose.)
Isab. Sea;
 Pero si esa adoración
 Que tanto me encarecéis
 Es digna de mí y de vos,
 No me envilezcáis vos mismo
 Á vuestros ojos.
Rey. ¡Ah! no.
Isab. Si del crimen de Gonzalo
 Yo he de ser la expiación,
 Mostrad que no me tenéis
 Por mujer de poca pro,
 Y antes de otorgar la gracia
 No pidáis el galardón.
Rey. ¡Isabel!
Isab. El tiempo vuela
 Y se acrece mi terror.
 Vuestro generoso indulto
 Desarme el brazo feroz
 Del verdugo...
Rey. Sí haré. (¡Oh gozo!)
Isab. Y por el Dios de Jacob
 Os juro... no ser ingrata.
Rey. Basta. (¡Venci!)
 (Se acerca á una mesa y escribe
 rápidamente.)
Isab. (¡Se salvó! —
 Y yo... ¡Oh Dios mío, Dios mío.
 Doleos de mi dolor!)
 (Se sienta llorosa y abatida.)
Rey. ¡Quevedo! (¡Oh ventura inmensa!)
 (Tomando el decreto que acaba de escribir
 y acercándose al foro.)